EL IMPERIO SUECO. EL AUGE Y DECLIVE (1600-1721)

ANTECEDENTES: SITUACIÓN A PARTIR DE 1630

La historia del Imperio Sueco como potencia de primer orden en Europa comienza con su intervención en la Guerra de los Treinta Años. En 1630, el rey Gustavo II Adolfo desembarca en la Pomerania alemana con el objetivo de proteger los intereses protestantes y contener el avance de los Habsburgo católicos. Su intervención no solo refuerza el protestantismo en Alemania, sino que convierte a Suecia en un actor geoestratégico de primer nivel. La victoria en batallas como Breitenfeld (1631) y Lützen (1632), aunque esta última costó la vida del monarca, aseguró a Suecia territorios clave en el norte de Alemania.

Al mismo tiempo, Suecia comenzó a desarrollar una política de expansión marítima. Fundó la colonia de Nueva Suecia en América del Norte (1638-1655), en la región del río Delaware, que pretendía asegurar una posición comercial en el Atlántico, aunque acabó siendo absorbida por los neerlandeses. En África Occidental, estableció la Costa de Oro Sueca (1650-1663), desde donde comerciaba con oro, marfil y esclavos. Estas iniciativas demuestran el afán sueco de integrarse en el sistema económico mundial emergente.

CARLOS X GUSTAVO (1654–1660) Y LOS TRATADOS DE OLIVA Y COPENHAGUE (1660)

Carlos X Gustavo, primo de Gustavo II Adolfo, asumió el trono tras la abdicación de la reina Cristina. Dotado de un carácter decidido y una visión estratégica agresiva, emprendió una guerra contra la Mancomunidad Polaco-Lituana, aprovechando la debilidad interna de esta, sumida en conflictos internos. La campaña, conocida como el "Diluvio" (1655-1660), tuvo un éxito inicial asombroso: Suecia ocupó Varsovia y Cracovia y casi disolvió el estado polaco. Sin embargo, la intervención de Rusia, Austria, Brandeburgo y Dinamarca revirtió esta situación.

El conflicto terminó con los Tratados de Oliva y Copenhague (1660). En Oliva, Suecia consolidó el control de Livonia y se reconoció el estatus sueco en Prusia. En Copenhague, se confirmaron las conquistas suecas en Escania, Halland y Blekinge, antiguamente danesas. Estos tratados ampliaron el dominio sueco sobre el mar Báltico, pero el coste humano y financiero fue enorme. Carlos X murió ese mismo año, dejando al país exhausto y al trono en manos de un niño.

EL IMPERIO SUECO. EL AUGE Y DECLIVE (1600-1721)

LA REGENCIA DE EDUVIGIS DE HOLSTEIN (1660–1672)

Tras la muerte de Carlos X, su hijo Carlos XI, de apenas cinco años, fue proclamado rey. Se estableció una regencia encabezada por su madre, Eduvigis Leonor de Holstein-Gottorp. Este periodo estuvo marcado por la fragilidad institucional, el protagonismo de la nobleza en los asuntos de gobierno y la dependencia de alianzas externas. Internamente, la administración sufría desorganización y los recursos militares estaban mermados. Aunque se mantuvo la paz, el debilitamiento del poder regio preparó el terreno para futuras reformas centralizadoras.

EL INICIO EFECTIVO DEL REINADO DE CARLOS XI (1660–1697)

Carlos XI asumió el poder efectivo a mediados de la década de 1670. Su gobierno estuvo condicionado inicialmente por la Guerra de Escania (1674-1679), un conflicto provocado por las ambiciones danesas y la intervención de Brandeburgo. La Batalla de Lund (1676) fue clave: a pesar de la inferioridad numérica, el ejército sueco logró una victoria decisiva. La guerra concluyó con la Paz de Fontainebleau (1679), que, gracias al apoyo diplomático de Francia, permitió a Suecia conservar sus territorios.

A partir de entonces, Carlos XI impulsó una profunda transformación del Estado. Su objetivo fue reducir el poder de la nobleza, reforzar las finanzas públicas y profesionalizar el ejército. Emprendió la "Reducción", mediante la cual grandes propiedades nobiliarias fueron expropiadas a favor de la Corona. Esta medida incrementó los ingresos reales y debilitó políticamente a los aristócratas. Además, reorganizó el ejército sobre la base del reclutamiento territorial (indelningsverket), con soldados campesinos sostenidos por el Estado. La fundación de Karlskrona como nueva base naval reflejaba la importancia creciente del poder marítimo sueco. Suecia se convirtió en una monarquía absolutista altamente centralizada y eficaz.

LA MONARQUÍA ABSOLUTISTA (1680). POLÍTICA CENTRALISTA

En 1680, la Dieta sueca formalizó la concentración del poder en manos del monarca, al declarar que el rey ya no estaba obligado a consultar al Consejo. Esta declaración legalizó el absolutismo que Carlos XI había ejercido de facto desde el final de la guerra. Las reformas que implementó no solo afectaron a la aristocracia, sino también al clero y a las estructuras judiciales y fiscales del reino. Se promovió una administración centralizada, eficiente y jerarquizada, con funcionarios designados directamente por el rey.

En el plano militar, el sistema de reclutamiento permanente permitió mantener una fuerza de combate considerable durante todo el año, lo que colocó a Suecia al nivel de las grandes potencias europeas. En el aspecto cultural y religioso, el Estado fomentó una política de homogeneización basada en el luteranismo y la lengua sueca, especialmente en territorios recientemente adquiridos como Escania, donde se promovió la integración forzada mediante la imposición de jueces y pastores suecos.

EL REINADO DE CARLOS XII (1697–1718)

Carlos XII subió al trono con tan solo 15 años y sorprendió a sus contemporáneos por su audacia militar y determinación. Rechazó el matrimonio, la vida cortesana y se dedicó exclusivamente a las campañas bélicas. En 1700, se formó una coalición antifilandesa compuesta por Rusia, Dinamarca y Sajonia-Polonia, que intentó aprovechar la juventud del nuevo monarca para invadir sus dominios. Sin embargo, Carlos XII respondió con una brillante campaña militar: derrotó a Dinamarca, forzándola a firmar el Tratado de Travendal, y venció aplastantemente al ejército ruso en la Batalla de Narva.

Posteriormente, Carlos XII intervino en Polonia y logró deponer al rey Augusto II, reemplazándolo por su aliado Estanislao I Leszczynski. Pero el ataque decisivo contra Rusia fracasó. La larga marcha hacia Moscú, con condiciones climáticas extremas y falta de suministros, debilitó al ejército sueco. En 1709, la derrota total en la Batalla de Poltava marcó el punto de inflexión de la guerra. Carlos XII se refugió en el Imperio Otomano durante cinco años, desde donde intentó, sin éxito, organizar una contraofensiva.

LA GRAN GUERRA DEL NORTE (1700–1721): ETAPAS

Primera etapa (1700–1709): Suecia goza de una ventaja táctica y logra importantes éxitos militares. El Tratado de Travendal con Dinamarca y la victoria en Narva refuerzan su prestigio. La intervención en Polonia culmina con la instauración de Estanislao I. Sin embargo, la invasión de Rusia culmina en un desastre logístico y militar en Poltava, donde el ejército sueco es destruido y Carlos XII huye al sur.

Segunda etapa (1709–1714): Rusia, Sajonia, Polonia y Dinamarca reanudan las hostilidades. Rusia avanza en el Báltico y conquista Estonia y Livonia. Carlos XII permanece en Bender (Moldavia otomana), presionando sin éxito al sultán para entrar en guerra contra Rusia. El reino sueco comienza a perder territorios y aliados.

Tercera etapa (1714–1721): Tras su regreso a Suecia en 1714, Carlos XII intenta restablecer su poder. Rusia ocupa Finlandia (1713–1714) y lanza incursiones en la costa sueca. Suecia pierde sus territorios alemanes: Bremen, Verden y parte de Pomerania. Las últimas campañas en Noruega fracasan, y en 1718, Carlos XII muere en el asedio de Fredriksten. Con su muerte, la guerra toca a su fin.

EL IMPERIO SUECO. EL AUGE Y DECLIVE (1600-1721)

LOS TRATADOS DE PAZ (1719–1721)

La desaparición del monarca facilitó la firma de acuerdos de paz que reconocían la nueva realidad geopolítica: Tratado de Estocolmo (1719–1720): Suecia cedió Bremen y Verden a Hannover y Pomerania sur a Prusia. Tratado de Frederiksborg (1720): Dinamarca aseguró su control sobre Holstein-Gottorp y derechos de peaje en el mar Báltico. Tratado de Nystad (1721): Rusia, vencedora definitiva, se anexionó Estonia, Livonia y parte de Carelia, aunque devolvió Finlandia. Estos tratados sellaron el declive del Imperio Sueco y el ascenso de Rusia como nueva potencia dominante en el norte de Europa.

LA CAÍDA DEL ABSOLUTISMO (1718) Y LA EDAD DE LA LIBERTAD

Con la muerte de Carlos XII sin descendencia, se abrió un debate sucesorio. Ulrica Leonor, hermana del rey, fue reconocida como reina, pero debió renunciar al absolutismo y aceptar la autoridad de la Dieta. El sistema parlamentario reemplazó al gobierno personalista, instaurando una monarquía constitucional. En 1720, Ulrica abdicó en favor de su esposo, Federico I, quien reinó bajo estrecha supervisión parlamentaria.

Se inició así la llamada "Edad de la Libertad" (1720–1772), un periodo de parlamentarismo, expansión del debate político y fortalecimiento del poder de los partidos y las Dietas. Aunque la nobleza conservó una posición preponderante, se limitó el poder real y se diversificaron los centros de decisión política.

EUROPA EN TORNO A 1721

En el contexto europeo de 1721, tras la Guerra de Sucesión Española y la Paz de Utrecht (1713–1714), Europa había entrado en un nuevo equilibrio de poder. Rusia emergía como una gran potencia con Pedro el Grande a la cabeza, estableciendo San Petersburgo como su ventana europea. Gran Bretaña consolidaba su posición marítima y colonial. Austria fortalecía su presencia en Italia y los Balcanes.

Prusia y Hannover, beneficiadas por la guerra del norte, ascendían en el escalafón de los poderes europeos. Suecia, por su parte, se había replegado sobre su territorio nacional, con una economía en dificultades y un sistema político transformado. Su influencia internacional disminuyó notablemente, aunque conservó una estructura estatal moderna y sólida.

EL IMPERIO SUECO. EL AUGE Y DECLIVE (1600-1721)

CONCLUSIÓN

Entre 1630 y 1721, Suecia pasó de ser un actor regional a una potencia europea y luego a una monarquía parlamentaria debilitada. La intervención en la Guerra de los Treinta Años marcó su ascenso, mientras que las reformas absolutistas de Carlos XI consolidaron su poder. Sin embargo, la política exterior belicista y la falta de pragmatismo de Carlos XII llevaron al colapso imperial.

La Gran Guerra del Norte redefinió el orden báltico: Rusia emergió como nueva potencia dominante, y Suecia inició un periodo de introspección política y renovación institucional. El sueño de hegemonía sueca fue sustituido por una monarquía constitucional, y el país transitó hacia una nueva etapa en su historia política y social.